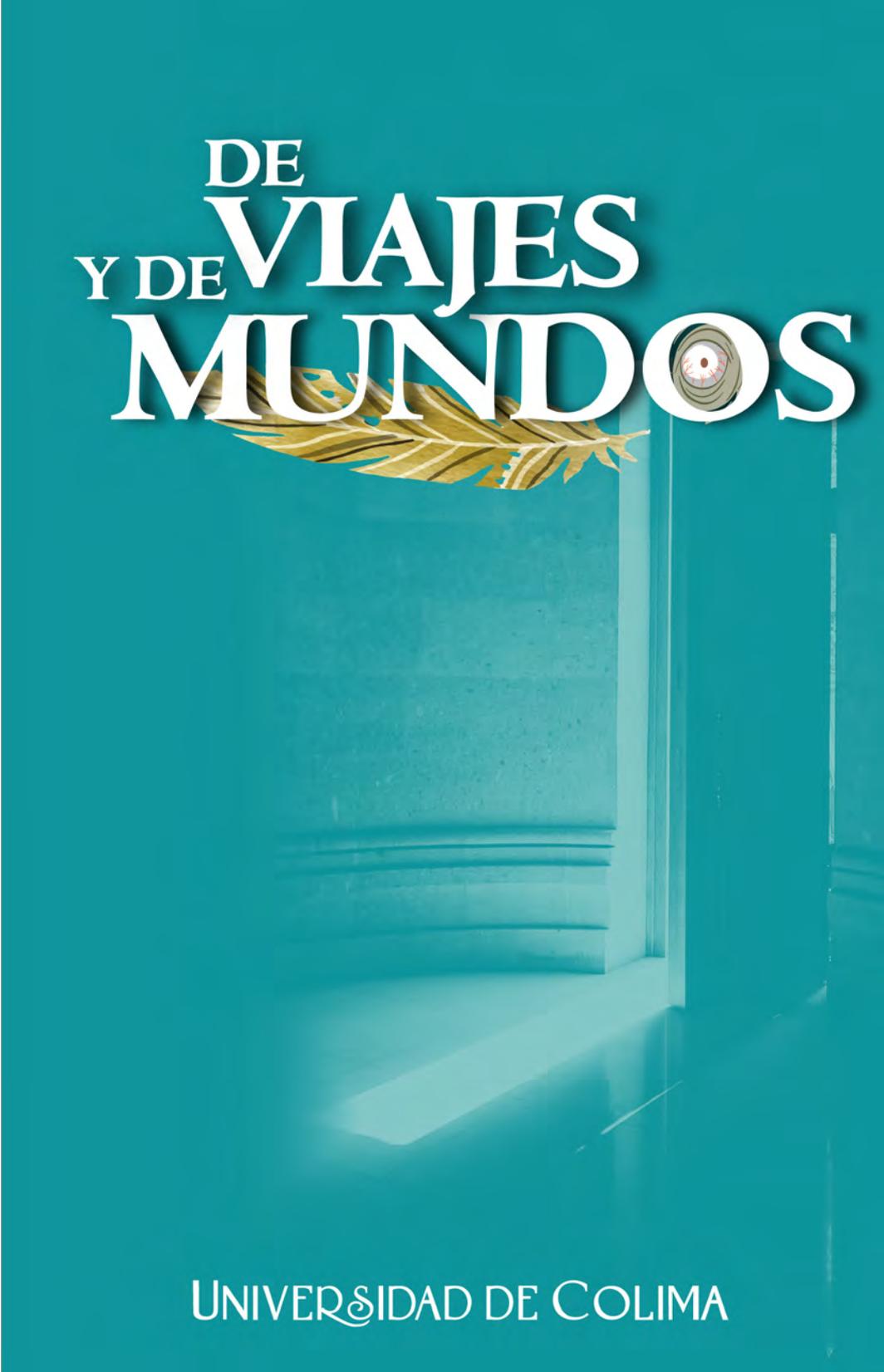


DE  
Y DE VIAJES  
MUNDOS



UNIVERSIDAD DE COLIMA

DE  
Y DE VIAJES  
MUNDOS

xperimentales

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector

Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General

Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social

Mtra. Ana Karina Robles Gómez, Directora General de Publicaciones

# DE Y DE VIAJES MUNDOS

Ganadores y menciones honoríficas del  
Concurso de Relato Fantástico dirigido a  
estudiantes de educación superior



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© Universidad de Colima, 2023

Avenida Universidad 333

C.P. 28040, Colima, Colima, México

Dirección General de Publicaciones

Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, extensión: 35004

Correo electrónico: publicaciones@uclm.mx

<http://www.uclm.mx>

Derechos reservados conforme a la ley

Publicado en México / Published in Mexico

ISBN: 978-607-8814-59-6

DOI: 10.53897/LI.2023.0007.UCOL



Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución — NoComercial — CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).

Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos:

Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution — NonCommercial — ShareAlike 4.0 International License.

You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format.

Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution:

You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005

Dictaminación y edición registradas en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Registro: CO-001-22

Recibido: Septiembre de 2022

Publicado: Mayo de 2023

# Índice

- 6 | Prólogo
- 8 | **Ganadores**
- 9 | Escarabajo dorado  
*Brianna Gutiérrez*
- 18 | Refugio  
*Luis Enrique Vicente Hernández*
- 26 | Laura, Laurita  
*Mauricio Quintero García*
- 33 | Viaje a la feria  
*Carlos Olaf Ceja Pastor*
- 39 | **Menciones honoríficas**
- 41 | Perlas y tormentas  
*Diego Axel Morales Cárdenas*
- 48 | El secreto tras tu mirada  
*Jacqueline Monserrat Coronado Avalos*
- 55 | La aventura de Ashura y Felipe o Felipe y Ashura  
*Salma Valeria Bautista Verduzco*

# Prólogo

**E**n mayo de 2022, la Universidad de Colima, a través de la Facultad de Letras y Comunicación, así como de la Dirección General de Publicaciones, convocó a estudiantes de licenciatura a participar en el Concurso de Relato Fantástico, el cual recibió textos de 18 alumnas y alumnos de muy diversas Facultades: Letras y Comunicación, Arquitectura y Diseño, Medicina, Psicología, Derecho, Economía, Pedagogía, y Escuela de Mercadotecnia.

*De viajes y de mundos. Ganadores y menciones honoríficas del Concurso de Relato Fantástico dirigido a estudiantes de educación superior, constituye una muestra del entusiasmo que la creación literaria, en cualquier ámbito, puede despertar en las y los jóvenes, dado que, de manera espontánea, son propensos al ejercicio de la imaginación y la creatividad.*

En las páginas de este libro, se abre una puerta a la aventura y el internamiento en mundos insondables en que aparecen personajes misteriosos u oníricos. Como en todo buen relato fantástico, la realidad se desdibuja y propone otro orden de las cosas, una lógica alterna para comprender dimensiones desconocidas.



Quien acepte el viaje literario de este libro, se topará con pueblos campiranos, días de lluvia, espacios costeros de arenas finas y oscuras, cuevas y bosques, pero también con personajes extraños: una mujer mayor que ofrece tesoros y usa un anillo en forma de escarabajo; una pareja de jóvenes que son, a la vez, ancianos; una niña que habla con su madre muerta; una jovencita que se comunica con la Ouija; un monstruo marino en los tiempos de Hernán Cortés; hombres lobo y un bebé elefante de nombre Ashura.

Las y los autores de los textos compilados comparten, pues, su sensibilidad, su capacidad de crear historias, escenarios, a través de relatos que, en un caso, son los primeros que escriben y obtienen premios, y, en otros, son parte de un hábito productivo, cultivado a la sazón de lecturas variadas.

Nos alegra que este Concurso de Relato Fantástico, cuyo jurado estuvo conformado por las escritoras Nadia Contreras Ávalos y Krishna Naranjo Zavala, al igual que por el poeta Félix Alejandro Delgadillo Zepeda, haya encontrado eco en el estudiantado y, con esta publicación, se fortalezca la promoción de la lectura, la creación y las ilusiones (las necesarias ilusiones), entre las y los jóvenes, centro de todos los esfuerzos universitarios.

*Ada Aurora Sánchez Peña*  
Colima, Col., 30 de marzo de 2023

**Ganadores**

# Escarabajo dorado

Brianna Gutiérrez

**L**a tormenta azotaba contra su cuerpo sin piedad, el resbaladizo fango que había acumulado en sus botas le dificultaba avanzar a cada paso que daba, y el cielo, tapizado por espesas nubes oscuras, parecía devorar cada tenue rayo de luz que el sol emitía. Había notado el mal tiempo antes de salir de casa, y el pronóstico del hombre del clima en la radio lo había confirmado, justo cuando él se disponía a tomar su mochila atiborrada de las cosas que creía indispensables para su pequeña aventura: se avecinaba un huracán categoría dos y, por como veía las cosas en aquel instante, la fuerte lluvia y los ventarrones no harían más que empeorar.

Alzó la cabeza y la volvió a los lados para evaluar la gravedad de la situación: las nubes no cederían y la desierta y densa vegetación que lo rodeaba le recordaban que era la única persona en kilómetros, de sufrir algún inconveniente pasarían días hasta que alguien lo notara. Debía tomar una decisión pronto y se disputaba entre lo que parecían ser sus únicas dos opciones: continuar



y arriesgarse a sufrir la furia del huracán en su máximo esplendor, o refugiarse en algún lugar con la esperanza de que por arte de magia la lluvia se desvaneciera lo suficientemente rápido como para no arruinar sus planes.

Ninguna de las ideas lo convenció al instante, continuar aun conociendo la magnitud de los riesgos a los que se enfrentaría le parecía casi una locura, pero más aún esperar a que desapareciera lo que sabía que era el comienzo de un turbulento huracán... vaciló un momento; el gélido viento penetraba su piel, la camisa manga larga y los *jeans* que llevaba su delgado cuerpo le parecían inexistentes ante la creciente intensidad de la tormenta.

Dio un paso atrás, pues, aunque era naturalmente terco, también albergaba en él una parte racional, a decir verdad no sabía muy bien si era eso, o la voz de su abuela que rondaba por su cabeza desde el comienzo del viaje, hacía apenas un par de horas; después de todo, resguardarse parecía ser la mejor opción, así que a regañadientes y como pudo, entre resbalones y tropiezos avanzó por algunos pocos metros hasta que su vista reparó en una cueva de cuya entrada descendían ramas y lianas. Le sorprendió no haberla visto antes, pero no se detuvo a pensar mucho en ello, era justo lo que necesitaba, así que continuó avanzando hasta que, tras algunos resbalones más, llegó al lugar.

De cerca parecía mucho más grande de lo que había percibido unos minutos antes. Cuando entró comenzó a notar una sorpresiva cantidad de



detalles en las paredes, parecían haber sido tallados hace siglos.

Dejó su mochila en el suelo, se acercó para inspeccionarlos y lo que vio a continuación lo dejó sin palabras: no eran simples patrones grabados en piedra, sino dibujos de animales escrupulosamente pigmentados en color oro y, justo en el centro, la figura de un bello escarabajo que le resultó extrañamente familiar; tenía líneas en el dorso del cuerpo y una cabeza que generaba la ilusión de portar una corona.

Permaneció observando la majestuosa obra por algunos minutos y regresó al sitio en el que había dejado sus cosas; por primera vez desde que se había adentrado en la selva se sintió fuera de lugar: la fría y húmeda cueva, los mosquitos taladrando su piel y el ensordecedor canto de las cigarras, sólo opacado por el de la tormenta que yacía afuera, todo generaba una atmósfera de película de Hollywood.

Entonces, le vino a la mente aquel sueño tan peculiar, el mismo que lo había hecho terminar en ese sitio. Comenzó a repasar mentalmente lo que recordaba de aquel extraño suceso: estaba en su pueblo, a las orillas de la selva, afuera de una casita de madera que a duras penas permanecía en pie. De pronto, la tambaleante puerta de la casa se había abierto y una menuda ancianita encorvada, llena de collares y anillos, salió de ella:

—Ven Pedrito, hijo —le había dicho. Él, desconcertado por la presencia de la anciana, y más



aún por haberlo llamado como lo hacía su familia, se acercó.

—Este de aquí es mi coquito —continuó, dando palmaditas a la cáscara de coco que sostenía —tiene el tesoro de mi familia, es lo único que me queda —suspiró —, y quiero que tú lo tengas.

Entonces, separó las dos mitades de coco y el resplandor le iluminó la cara: eran auténticos doblones de oro.

—En una semana, el 15 de abril pasará de nuevo —, le susurró emocionada —tienes que ir a la selva, en el árbol más grande que veas, lo reconocerás, busca el pocito, ahí está mi coquito.

Se dio la vuelta para entrar a la casa de donde salió y cuando Pedro estaba a punto de preguntarle su nombre vio algo que lo dejó estupefacto, en el dedo medio portaba un anillo dorado con un reluciente escarabajo del tamaño de una nuez, el mismo de la cueva.

A la mañana siguiente de haber tenido el sueño le había contado a su abuela sobre la anciana y quedó atónito cuando ésta le aseguró que ella la había conocido de niña. Le contó algunas historias al respecto que lo hicieron creer que había sido algo más que un sueño.

Con un respingo se despertó, el cansancio lo había vencido, se había quedado dormido, pero, sorprendentemente, la lluvia había cesado por completo. Asomó la cabeza para ver el cielo y estaba totalmente despejado, así que sólo había una explicación posible, era el día siguiente, su caminata



había sido por nada. Se apresuró a ver su reloj, pero aún era 15 de abril, sólo habían pasado cinco minutos. Desconcertado, echó un último vistazo al escarabajo en la pared y salió para continuar su travesía; caminó por media hora, atento a los árboles para tratar de identificar aquel del que la viejecita le había hablado, pero no tuvo éxito. Entonces —¡Aaah!— gritó Pedro y tiró un manotazo, algo lo había mordido en el brazo; se le erizó la piel al agacharse, era un escarabajo dorado, el mismo en el anillo de la anciana y en la cueva.

Comenzó a sentirse nervioso, se dio la vuelta y se dispuso a regresar, pero cuando dio el paso cayó en un pozo lo suficientemente grande para que entrara en él. Por el sofocante dolor que le irradió el cuerpo entero, debía tener varios metros de profundidad.

Permaneció tirado en el suelo del pozo por unos segundos y poco a poco se levantó, dolorido. Cuando se incorporó, ningún grado de sorpresa podía compararse con la que se llevó en ese momento, al inicio creyó que alucinaba por la fuerza del golpe, pero pronto se dio cuenta que no podía ser así, recordaba perfectamente lo que había sucedido y al pellizcarse la mejilla con mucha fuerza, el dolor existente empeoró.

Su piel morena clara se había tornado de un ligero color oro que brillaba a la luz del sol, asustado volvió la cabeza a todos lados y se dio cuenta de que no estaba en un pozo, al menos no en la clase de pozos que uno esperaría encontrar en



medio de la selva; se trataba de un espacio amplio y majestuoso, tenía forma circular, la pared era lisa, de color blanco y el reluciente piso hacía juego con su piel, había un gran cojín redondo que parecía cumplir la función de cama, y algunos otros objetos que hacían parecer aquel lugar un hogar.

No comprendía lo que estaba sucediendo, tomó su mochila tirada en el suelo por el impacto y se apresuró a verificar la hora; su reloj se había detenido. De inmediato, empezó a buscar la forma de salir de ahí y no tardó mucho en advertir unos escalones incorporados en la pared, cerca de una mesita sobre la cual se posaba el escarabajo que lo había mordido hacía unos instantes. Dubitativo, se acercó al escarabajo y lo tocó con cautela, el insecto permaneció inmóvil, aparentemente sin ánimos de volver a hacerle daño; aun así, Pedro lo dejó en su sitio y se apresuró a subir las escaleras.

Cuando alcanzó el nivel del suelo de la selva tuvo que entrecerrar los ojos por la incandescente luz del día que le daba en la cara, y cuando los abrió por completo su corazón se aceleró a un ritmo impresionante, sus manos se quedaron frías y su boca seca; nada era como lo recordaba, colosales árboles con hojas enormes y de colores inimaginables, bellísimas mariposas con alas que parecían de cristal y el fango que había inundado sus botas horas antes, había desaparecido, en su lugar el verde y húmedo pasto se extendía hasta el horizonte.



Estupefacto por la belleza del lugar, las palabras de su abuela le retumbaron en la mente: “la viejecita solía contarnos historias muy bonitas de un lugar maravilloso, decía que solamente unos pocos tendrían la oportunidad de ver con sus ojos aquel sitio”. Fue en ese momento cuando las cosas comenzaron a cobrar sentido para él, el escarabajo que acababa de morderlo seguramente tenía algo que ver con la anciana, posiblemente ella había planeado que lo mordiera, pero mientras más lo pensaba, menos sentido tenía, y lo único que estaba claro era que debía encontrarla.

Empezó a correr sin un rumbo en especial, estaba tan concentrado en intentar encontrarla que nuevamente cayó en un pozo. Le pareció que el golpe había sido mucho más fuerte que el primero, y esta vez le tomó varios minutos incorporarse, cuando lo hizo se dio cuenta que era muy similar, excepto que el piso de éste era color turquesa. Rápidamente buscó la escalera junto a la mesita, que en esa ocasión tenía una mariposa azul de grandes alas reposando sobre un tulipán, y comenzó a subir hasta salir nuevamente a la superficie.

Una vez ahí, observó algo de lo que no se había percatado hasta entonces, los dos pozos en los que había caído no eran los únicos en el lugar, sino que eran muchos más, algunos más grandes, otros no tanto, pero cada uno con un color de piso distinto. De ahí en adelante caminó con más cautela para no caer en alguna de aquellas fosas y, justo en el momento en que comenzaba a perder la espe-



ranza de encontrar cualquier cosa que lo ayudara a regresar a casa, la vio, era la anciana, usaba una gran cantidad de anillos y collares, como la vez que la había encontrado en su sueño, excepto que ya no portaba el anillo de escarabajo.

Corrió hacia ella, pero antes de que pudiera articular palabra alguna, la anciana comenzó a hablarle:

—Pedrito, qué bueno que llegaste, pensé que no ibas a venir —Pedro no contestó.

—¿Ya sabes en dónde estás? —le preguntó emocionada.

—Justo por eso te buscaba, no entiendo nada de lo que está sucediendo —respondió.

La anciana rio y continuó:

—Nadie entiende qué sucede al inicio, verás, cada cincuenta años algo muy especial ocurre, es el día en que una nueva persona es elegida para venir a estas tierras, y esta vez te he elegido a ti.

Pedro dijo:

—¿Elegido?, ¿para qué?

La anciana continuó:

—Cada pozo que ves es una casita, yo las he construido, tú has caído en una dorada porque ese es tu color; es el color que la madre naturaleza te ha asignado, y el escarabajo será tu guardián, ahora tienes una tarea muy importante. Tu pozo está conectado a un agujero de la naturaleza que ve la gente común y cada vez que entres en él podrás regresar al mundo en el que está tu familia; sin embargo, cuantas veces sea necesario deberás volver y ayudarme aquí.



—Pero yo no quiero, no sé qué es esto —replicó Pedro.

—¿Es que no te das cuenta? ahora tienes el deber de hacer que la lluvia caiga cuando la época llegue, cada uno de los elegidos ayuda a la naturaleza con distintas tareas.

Las palabras de la anciana sonaban tan pacíficas y extrañamente reconfortantes que lo tranquilizaron.

—Ahora ve a casa, ya volveremos a vernos —finalizó la anciana, y repentinamente todo desapareció.

Cuando se despertó, estaba en la misma cueva que le había servido de refugio, con la cabeza recostada sobre la mochila y los pies tirantes en dirección al escarabajo de la pared. Se sentó y pensó que todo había sido un sueño, pero justo cuando estaba por abandonar el lugar, lo vio: era el escarabajo dorado que volaba junto a él, le pareció extraño, pero en ese día todo había sido extraño, y el insecto en cuestión era muestra de que nada de eso había sido un sueño.

# Refugio

Luis Enrique Vicente Hernández

**S**entimos las primeras gotas. Volteó al cielo y me tomó de la mano; la apretó con firmeza, como acostumbra hacer para expresar que me quiere. Pero ambos sabíamos que era el fin. Sería la última vez que sentiría cómo aprisionaba mis dedos.

La lluvia tomó fuerza al instante.

— Hay un café allá adelante, en la siguiente cuadra.

— ¿Se te antojó un café?

— Luis, nos vamos a mojar.

Ignoré su señal de molestia. A pesar de aquello, se refugió en mi brazo. Sentí su nariz acercarse a mi cuello, quizá para oler el jabón que usé al bañarme.

El café estaba semivacío. Sólo había una pareja, ya entrados en edad, quizá la misma de mi abuelo paterno antes de fallecer. La mesera nos ofreció una mesa para dos, junto a una lámpara de luz amarillenta. Antes de sentarme recordé que ahí tuvimos una cita, poco después de cumplir tres años juntos. Otros tiempos. Pensé en recordarle de esa vez, pero estaba entretenida secándose su



cabello castaño. Le ayudé a quitarse el abrigo y lo colgué en un perchero que estaba detrás.

Al voltear hacia la puerta principal me di cuenta que, de la pareja de ancianos, la viejita tenía un minuto viéndonos con tanta ternura como la que puedes esperar de alguien de su edad. El anciano, quien supuse era su esposo, estaba encorvado, usando toda su fuerza para sostener una cuchara después de hundirla en un plato de sopa caliente, pero su contenido se derramaba sobre el plato y parte de la mesa, acrecentando la expresión de enojo del pobre hombre, quien no parecía contento de que su pareja de décadas le prestara atención a un joven desconocido.

La viejita se volteó con su compañero, apresurándose a limpiar el desastre que dejó, como a un niño. Por el ruido de la lluvia no alcancé a escuchar, pero parecía decirle que le parecía muy bonito cómo nos tratábamos, quizá evocando alguna otra época donde las cosas eran mejor en su relación. Irónico, considerando que sólo aceptamos vernos en esta ocasión para hacer oficial la ruptura.

—¿Sucede algo?

—No, estaba viendo la lluvia.

—Está horrible, le voy a hablar a mi papá para que pase por mí.

Esa última frase me recordó a múltiples ocasiones en las que se expresaba con desdén de algún lugar al que llegábamos y manifestaba su disgusto sin ningún filtro, así le hubiera mencionado que me gustaba mucho ir allí momentos antes. Esto era se-



guido de una discusión que culminaba en una postura peculiar: sostenía la mirada al techo mientras inclinaba su cabeza hacia un lado, con el teléfono en el oído, como si no quisiera mirarme en su indignación. Algunos minutos después una camioneta blanca llegaba y se iba sin despedirse.

Noté el mismo patrón, pero la lluvia —que ya era una tormenta para ese entonces— interrumpía la señal. Mientras seguía intentando conectar la llamada, la mesera nos tomó la orden. “Chai caliente y un café moka, por favor” salieron mis palabras sin titubear, como costumbre. Ni siquiera pensé en que pudo pedir algo diferente, pero ella asintió con la cabeza, esperando a que su papá respondiera.

La mesera puso unos trapos en la parte inferior de la puerta. Tenía esos plásticos que se usan para que no se meta el agua, pero parecía estar muy preocupada en que no cayera una gota dentro, pues incluso puso una cinta industrial en la parte de en medio.

Quizá debí mencionarle que íbamos a salir pronto, pero la lluvia no dejaba de ir en aumento. Cada vez eran menos los carros a la vista, y el nivel del agua estaba casi a la altura de la banquetta. Lo más probable es que la mesera ya había pasado por esto en el pasado.

La anciana se quitó el listón que guardaba su cabello y me sorprendió ver su firmeza en color y grosor. Bien podría ser una peluca; no parecía ser el cabello de alguien que triplicaba mi edad, pero no tendría mucho sentido que se pusiera una peluca



sólo para ocultarla.

—Esta lluvia de mierda no me deja hablar. ¿Me prestas tu celular?

—No creo que haya mucha diferencia. Es mejor quedarnos y esperar a que se quite la tormenta.

—¡Estás loco! Si nos esperamos lloverá más fuerte. Préstame tu teléfono.

No quise hacer más grande el asunto y obedecí. Sucedió lo mismo. Me regresó el aparato e hizo una mueca. Recargó su barbilla en la mano izquierda, viendo a la ventana. Poco después se fue la luz en el café. La mesera prendió velas para las dos mesas y ella cargaba una para moverse dentro del lugar.

No tenía forma de saberlo, pero podría asegurar que para ese entonces en las noticias darían las viejas recomendaciones de no salir de casa, armar tu botiquín, guardar documentos en una bolsa, etcétera. Obvio, era muy tarde para nosotros, quienes preferíamos ver cómo se inundaba la calle a platicar de lo que habíamos acordado. La mesera puso unas sillas recargadas contra la puerta, por miedo a que la fuerza del agua pudiera romper el cristal.

De la nada agarró mi mano, esta vez la tomó entre las suyas, pero con menor fuerza. Sentí la presión de sus uñas largas contra mi piel, como si quisiera lastimarme. Se acercó a mí por encima de la mesa y me dio un beso tierno.

—¿Todo bien?

—Sí, ¿no puedo besarte?



—No es eso. Siento tus manos un poco rese-  
cas, es todo.

—Ah, sí. Es por el maldito sol, ya sabes.

Se alejó en un espasmo. Por su expresión pare-  
cía que no se había dado cuenta antes de aquello  
que le dije y posó sus manos en su regazo, como si  
se avergonzara de no conocer su propio cuerpo, o  
quizá de que yo lo notara.

A pesar de que somos de la misma edad, nun-  
ca me fijé en el hecho de que su piel parecía más  
acabada, como si nunca se cuidara, aunque me pre-  
sumía cada vez que le llegaban por paquetería sus  
cremas y productos para la piel.

Una señora que no había visto antes se acercó  
y nos preguntó si tampoco teníamos señal para lla-  
mar. No me percaté al principio de que era la viejita  
de la otra mesa. Su voz sonaba mucho más juvenil  
de lo que esperaba de alguien de su edad. Además  
de eso, su postura era bastante erguida; a un lado  
de su esposo, bien podría ser su hija. La mesera se  
acercó y le dio un té al hombre viejo, quien parecía  
empeorar de su salud cada vez que volteaba a verlo.

— Luis, no me siento bien. Por favor acompá-  
ñame a tomar un taxi.

Empezó a carraspear muy fuerte, con la voz  
deteriorándose al segundo. Pedí que trajeran el  
mismo té que le dieron al viejo. La mesera también  
llevó dos mantas para los dos enfermos, mientras  
sus parejas los consolaban y trataban de hacer plá-  
tica para disminuir el mal trago del momento.

El agua estaba a punto de pasar el nivel de la



puerta, que tenía una ligera abertura en la parte superior; lo suficiente para inundar todo el establecimiento. Por fortuna, la mesera ya estaba preparada y colocó un pedazo de madera que encajaba perfectamente en ese espacio. Terminó de sellar cualquier hueco con cinta adhesiva y unos soportes de plástico que aseguraban que la madera no se moviera. Por un lado, era impresionante ver su dedicación y preparación para evitar que su lugar de trabajo se dañara, pero, también, no dejaba de pensar en lo extraño de que tuviera todo eso listo, considerando que la última vez que se inundó a ese grado esta parte de la ciudad, aún no existía el café.

La señora se volvió a acercar. Nos preguntó si todo estaba bien. Ella le dijo que sí, con la intención de que ya no molestara, pero yo agregué que nada más tenía una molestia en la garganta. Quizá fue un error, porque lo tomó como excusa para tomar una silla y sentarse junto a nosotros. Al posarse debajo de la luz amarillenta, vi que era mucho más joven de lo que pensaba, quizá de unos treinta años a lo mucho. Mi sorpresa fue tal que no escuché lo que dijo por unos segundos, tratando de recordar la primera impresión que tuve de ella. Al final, quizá fue la baja iluminación que tenía, o asumí erróneamente que era su pareja por cómo se preocupaba por el viejo.

—Luis, responde. Te preguntó algo.

Me dijo con lo que quedaba de su voz rasposa. Con pena le pedí a la chica que me repitiera su



pregunta. Era acerca de los síntomas de mi pareja, que eran similares a los de su marido. Fruncí el ceño al pensar que un hombre de esa edad se casara con alguien tan joven. Le comenté que era reciente, pero los tosidos de mi compañera crecieron. Entre ella y yo le dimos un masaje ligero en la espalda. Sus cabellos blancos empezaron a notarse más al inclinarse debajo de la lámpara. La chica dijo que tenía que volver con su marido; me dio un par de recomendaciones para calmar los malestares y se retiró.

Mirar a la puerta era similar a estar dentro de un acuario, reemplazando a los peces y flora del océano con pedazos de escombros, basura y, de vez en cuando, restos de vehículos que no alcanzaron a ser resguardados. La mesera se sentó en la mesa contigua, platicando con los otros comensales. Quizá era coincidencia, pero estaba seguro que de vez en cuando volteaban a ver hacia nosotros, como si supieran que yo estaba concentrado justo en ese trío tan peculiar.

No los culpo, no había mucho que hacer en ese momento más que imaginar lo que pensaban los de la mesa opuesta.

—Estoy muy cansada. ¿Me arrullas?

Me acerqué y dejé que reposara en mi regazo, lo cual hizo con mucha dificultad por la falta de fuerza. En sí no parecía estar enferma, sólo era un cuerpo desgastado, cansado por el paso del tiempo. Le acaricié sus mechones plateados mientras le murmuraba una canción que solíamos escuchar



mucho cuando empezamos a salir. Empecé a sentirme cansado y caí dormido. Al despertar, la lluvia se había ido. Ambas puertas estaban abiertas. Los de la otra mesa ya se habían ido y la mesera estaba limpiando algunos charcos de agua en el suelo.

—Ya dejó de llover. ¿Nos vamos?

Se despertó con calma. Se quitó la manta, estiró los brazos y me dio un abrazo con intención de apachurrarme.

—Sí, amor. Ya me siento mejor.

Pagué la cuenta. La acompañé a tomar su taxi, y antes de subirme al mío, vi una pareja de viejitos sentada en la banca del jardín, frente al café. Estaban muy lejos para identificarlos.

# Laura, Laurita

Mauricio Quintero García

Laura sacó la cabeza de la pared de donde se escondía y observó que el guardia, Martín, estaba sentado en su silla sin moverse, por lo que no estaba segura si estaba dormido; recordaba que una vez le dijo que las coronas le daban sueño, pero no traía ninguna corona puesta, sólo había unas latas en el piso. Laura decidió esperar tres minutos antes de volver a asomarse. Aparte de estar preocupada por Martín, también le provocaba angustia su maestra Ana, sobre todo porque Laura sabía que lo que iba a hacer no le agradaría nada.

Eran las 5:39 de la tarde según su reloj, así que volvió a asomar su cabeza, Martín seguía en la misma posición de hace cinco minutos. Laura caminó lentamente hacia él y vio que, efectivamente, estaba dormido. La niña sonrió y salió corriendo a la calle.

Le gustaba caminar porque la hacía sentirse relajada, era como si fuera invisible; además, pensaba que si alguien la seguía o la molestaba, nada más iba a correr, porque ella era muy rápida. Caminó



hasta llegar al panteón; iba a visitar a su mamá, para despertarla y hablar con ella.

Mientras tanto, Ana llegaba de su hora de comida y vio al viejo guardia dormido. Entró al internado y siguió hasta llegar a la que era la habitación de Laura y descubrió que estaba vacía. “Se fue al panteón”, pensó. La maestra salió de la habitación y se dirigió hacia allá; mientras lo hacía, recordó lo que había pasado en el funeral de Laura, su hermana y mamá de la niña, también Laura.

Ahora estaba parada, alejada por unos metros de la tumba, cuando vio cómo Laurita estaba casi subida al ataúd descubierto, diciéndole cosas a su madre como si estuviera despierta. Ana se puso a llorar. “La voy a tener que meter a mi escuela”, se dijo, “¿dónde más la podría poner todo el día?”.

La verdad, aunque Ana nunca lo admitiría, era que la niña la aterraba y enfurecía, similar a como su hermana lo hacía cuando eran niñas. Incluso con lo poco que había tratado a Laurita, sabía que era complicada y muy extraña. Luego de esto, vio que seguía hablando con su hermana, por lo que hizo una seña para que viniera con ella. “Ay, qué rara es esta niña”, pensó para sí misma.

Curiosamente, poco antes, en lo que Laurita llegaba al panteón, también estaba recordando el funeral de su mamá. Cuando se acercó a la tumba, vio que su madre desde el ataúd abría los ojos y la saludaba, por lo que se puso a platicar con ella un rato. Después de esto, notó que la maestra Ana le hizo una seña para que se quitara, por lo se



despidió de su madre por el momento y pasó a un lado de su tía que estaba llorando. “Ay, que rara es”, pensó.

A Laura le hacía enojar que la maestra Ana no la entendiera, estar muerto no es que ya no hables con alguien, o que lo dejes de ver; esa persona estaba muy cansada y se fue a dormir al panteón. Todos lo sabían, el padre que hizo la misa de su mamá, los que platicaron con ella el día que la enterraron, la misma maestra Ana, hasta el guardia Martín, todos le decían que su mamá ya estaba descansando, lo que quería decir que se iba a levantar después. En lo que recordaba esto, la niña llegó nuevamente, casi sin darse cuenta, hasta donde se encontraba su mamá.

—Hola mamá —saludó Laurita.

La tumba se abrió como si fuera una puerta, con la piedra deslizándose a un lado, mientras que adentro, el ataúd se abría y del mismo salía una mujer, de unos treinta y tantos años, delgada, pelo negro que llegaba a los hombros y piel morena.

—Hola mi niña —dijo Laura con una gran sonrisa, la misma que tenía en vida.

—Mamá, la maestra Ana no me cree cuando le digo que aquí estás —señaló Laurita.

—Sí, algunos no entienden.

—¿Puedes venir conmigo para mostrarle? —preguntó esperanzada la niña.

—¿Por qué mejor no vienes tú conmigo? —respondió Laura.

Unos minutos después, Ana llegó al panteón,



donde vio que, a un lado de la tumba de su hermana, había una más pequeña que tenía escrita una sola palabra: Laurita. Sin palabras y sin explicaciones simplemente se sentó frente a ambas tumbas a contemplarlas. La mujer se quedó sentada ahí por horas, sin saber ni qué pensar.

Madre e hija estaban paradas frente a Ana, aunque ésta no podía verlas, de hecho, las “Lauras” tampoco podían ver a Ana, estaban en mundos separados. De repente, el panteón estaba lleno, con todas las personas enterradas fuera de sus tumbas, caminando y moviéndose como si nada. Era otro mundo, igual que el de los vivos, pero lleno de los que ya no estaban. Ese mundo era todavía más brillante que el que Laurita dejó, todo estaba lleno de luces y color.

A la niña le gustaba mucho ese mundo, podía estar con su mamá, ver mucha gente que no había visto antes. Caminaron por las calles que Laurita solía caminar; se veían iguales, pero al mismo tiempo distintas. Caminaron mucho más, lo que parecían ser ciudades enteras. Sin embargo, la niña pronto se dio cuenta que ese mundo estaba muy lleno, muy, muy lleno.

Toda la gente que ya se había ido del mundo de Laurita estaba ahí, por lo que la niña se sentía sumamente sofocada. Muchos, (incluyendo su mamá) habían llegado allá porque les había caído un cartel o algo así. “Ay, qué gente tan tonta”, pensaba Laurita, “¿Cómo no se quitaron cuando vieron que el cartel les iba a caer encima?”



Eso no era todo, ya que el tiempo pasaba muy raro en ese mundo; no podía llevar la cuenta, no sabía si llevaba tres horas ahí o tres meses, era imposible saber. Además, su mamá ya no era como antes, cada vez le prestaba menos atención y se la pasaba hablando con otras personas todo el tiempo. Poco a poco, Laurita se sentía tan invisible como lo hacía cuando caminaba las calles sola, pero sin la tranquilidad que esto antes le traía.

Se la pasaba en el panteón. Las pocas veces que veía a Laura, ésta estaba cada vez más pálida, perdiendo el color que tenía; de hecho, todo el mundo, alguna vez tan colorido, perdía su brillo cada vez más. Laurita no lo podía creer, pero comenzaba a extrañar a la maestra Ana, “aunque era rara y enojona, al menos estaba conmigo”, pensaba.

Estaba harta, así que decidió meterse a la tumba por la que salió su mamá y se puso a cavar con sus propias manos; cavó tanto que comenzó a ver una luz, parecía ser la del mundo que había dejado. Emocionada, siguió sacando la tierra, hasta que sintió una mano que le agarraba el pie: era su mamá.

—¿A dónde vas, niña? —preguntó la madre con una voz amenazadora.

—Me voy a regresar, ya no me gusta aquí —declaró muy confiada.

—¡No! —gritó Laura con una voz sobrehumana.

De pronto, muchas manos comenzaron a agarrar a Laurita, impidiéndole su regreso. La niña gritó, estaba tan cerca, su mano ya sobresalía por la tumba en la que ingresó; entonces, Ana la vio. Era



de noche y llevaba horas sentada observando las tumbas, cuando de repente unos dedos sobresalieron de la tumba de Laurita, como si alguien hubiera cavado un agujero. Aterrada, se acercó y vio que era la niña intentando salir de entre la tierra.

—¡Ayuda! —sollozaba, sintiendo que las manos se la llevaban.

En ese momento, la mano de Ana encontró la de la pequeña y comenzó a jalarla hacia fuera.

—¡Maestra Ana! —gritó aliviada.

Ana se acercó más mientras jalaba y vio horrorizada que su hermana tomaba su pie. Laurita también la vio; sin embargo, al igual que el mundo del que la niña intentaba huir desesperadamente, Laura ya había perdido todo color, ahora sólo era un reflejo blanco y gris de la mujer que había sido su madre. Laurita y Ana estaban perdiendo, no sólo la niña descendía cada vez más al agujero, sino que se estaba llevando a Ana con ella, la cual no soltaba la mano de su sobrina.

Laurita volvió a ver a su madre y al ejército de otras personas grises que la jalaban.

—Voy a volver cuando ya esté lista para descansar —dijo en voz baja, mirando directamente a su madre.

En ese momento el rostro de Laura pareció iluminarse por un segundo.

—Yo la cuido —exclamó Ana.

Ambas voltearon a ver a Ana y en un pequeño acuerdo silencioso, madre e hija también se miraron. Laura soltó el pie de su hija, permitiendo que



su hermana la sacara. Ana tomó rápidamente a su sobrina y cuando estuvieron en el pasto se abrazaron llorando.

—Gracias tía.

—No te preocupes Laurita.

Las dos salieron del panteón, no sin antes notar cómo la tumba de Laura ya no estaba. En las semanas siguientes, Laurita y Ana siguieron visitando el panteón y, a pesar de que seguía hablando con su mamá, ésta ya no le respondía, aunque la niña sabía, al igual que su tía, que Laura sí la escuchaba.

# Viaje a la feria

Carlos Olaf Ceja Pastor

I

*Del puño y letra  
de don Perseverancio*

**E**ra enero de nuevo. La feria municipal comenzaba a instalarse de nuevo en el casino; los niños esperaban entusiasmados las palabras “¡Vamos a la feria, hijos!” para subirse a los grandiosos juegos mecánicos y comer golosinas, palomitas de maíz y embutidos. Todos esperaban ansiosos la llegada de la feria, pues no había mucho que hacer en el pueblito de T. En esta expectación estaba también Marina, una bella joven de tez blanca y pelo negro como el azabache, muy conocida por sus vecinos y adorada por sus amigos.

Marina y su hermana menor, Nancy, iban todos los años a la feria; su padre las llevaba en su nuevo auto, pues don Federico cambiaba de auto cada año, una vez más las atracciones funcionaban y los puestecitos se poblaban de vendedores.

—Recuerden, hijas, que el viernes iremos a la feria —dice don Federico a sus hijas.

—No es necesario que nos lo recuerdes: llevamos semanas esperando este momento —res-



ponde Marina ansiosa.

—O al menos yo sí...

—¿Qué hay de ti, Nancy? ¿Estás entusiasmada por ir a la feria? —pregunta su padre. Mirada perdida, las aletas de la nariz moviéndose compulsivamente, las manos crispándose a ratos, Nancy, joven enjuta y morena, no está escuchando.

Silencio. Está enfrascada en su propio mundo y no hace caso de nadie. Marina da un resoplido y, disgustada, arremete:

—Otra vez está así, papá; detesto que se comporte así últimamente.

—¿Qué te sucede, Nancy? ¿Te sientes bien?— pregunta el padre. Silencio.

—De seguro está así por esa cosa que se compró hace un mes —dice Marina— ¿cómo se llama...? ¿Ouija?

—¡Sigues usando esa cosa! —grita colérico don Federico a Nancy— dijiste que la habías tirado; ¿por qué la tienes todavía?

—Están ustedes paranoicos, de veras— responde displicente Nancy, que por fin salió de su mente —Nada me pasa, y ya te dije, papá, que la Ouija es pura mentira, así que no tiene nada de malo que la conserve, ¿entiendes? Todos ustedes son tan molestos; ¿qué tiene de malo que mis amigas y yo juguemos a eso, ¿eh?

Pálido, lleno de terror y sin saber qué responder, el padre voltea a ver a Marina, que no para de decir que no con la cabeza.

—Ya que por fin nos haces caso— sale al res-



cate Marina —¿vas a ir a la feria sí o no?

—Sí, por supuesto que iré.

## II

Ya es viernes, la feria ha comenzado. Muchas familias están en sus casas, acicalándose y poniéndose sus mejores ropas para acudir de buen talante, una vez el sol comience a declinar. Don Federico, que recién recibió su nómina, espera endomingado a que sus hijas salgan y se suban al auto para volar hacia la feria.

—Apúrense, hijas; hay que llegar pronto para alcanzar lugar en el estacionamiento —dice a voces desde la puerta de su auto. Pero sólo sale Marina.

—¿Y tu hermana?

—Vámonos, papá; parece que, de pronto, cambió de parecer y no quiere ir; ¡la muy necia!

Enojado, sin decir palabra, el padre enciende su auto nuevo y se va con su hija mayor a la feria.

Por el camino, el sol tiñe de oro las nubes y los árboles, y mientras recibe grato y fresco viento por su ventana, don Federico, que con una mano atusa su poblado bigote, discute con su hija en estos términos:

—¿Sabes, hija? Estoy hasta la madre de que las nuevas generaciones le entren a cosas como la Ouija, ¡como si no hubieran cosas mejores con que entretenerse, chingado! Y lo peor es que las autoridades permiten que se vendan esas chingaderas en la feria, donde tantos niños van a divertirse. ¿Ouija?, ¿muñecos vudú?, ¿sortilegios?, ¿lectu-



ra de cartas? ¡Puras cosas del demonio! Uno no se tiene que abandonar a esas cosas, hija, porque nunca se sabe si esos “jueguitos” podrán acarrear-nos alguna desgracia.

—Pero hazle entender, papá; hazle entender a mi hermana. Está obsesionada con ser popular y hacer lo que sus amigas hacen; ¿ellas fuman?, ahí va la necia; ¿ellas van a clubes para mayores?, ahí la ves a ella queriendo ir también. Esto de la Ouija es lo mismo: pura vanidad, puro deseo de aceptación.

Con estos dimes y diretes matan el tiempo don Federico y su hija Marina, que a grandes velocidades viajan por la autopista para llegar a la feria; pero, de un momento a otro, a la chica le parece escuchar un persistente ruido venir de la llanta del copiloto: un acompasado *bomp* que se hace cada vez más fuerte y que levanta el auto como si pisara una piedra o un animal muerto.

—¿Qué es eso, papá?

Bajándole el volumen a la música de los Tigres del Norte, pone don Federico atento oído del lado del copiloto. *Bomp... bomp... bomp.*

Se hace muy evidente para los dos: un neumático está ponchado y golpea el pavimento reciamente. Además, un tenue hilo de humo emana del lado derecho del motor. Parece que el auto está averiado. Deciden padre e hija salirse del camino lentamente y detenerse en un taller cercano que, “por ventura”, estaba cerca, para ver qué le pasa al auto. Sin bajarse de su asiento, don Federico dice al mecánico:

—Buenas tardes, *maistro*; se me hace que se le



pinchó una llanta al carro, ¿puede revisarlo?

El avezado mecánico se acerca a la llanta defectuosa y se agacha con sus herramientas; pero al momento se levanta y, extrañado, dice:

—Su auto no tiene nada, señor; la llanta está perfectamente.

Desconcertado, el padre sale presto de su auto, va hacia donde el mecánico y mira con sus propios ojos: en efecto, la llanta está intacta.

—¡Imposible! Mi hija y yo sentimos que el auto brincaba y esa llanta estaba pinchada, y el motor, el motor también estaba echando humo, ¿verdad, hija?

Marina asiente. El mecánico levanta el capó e ilumina con su linterna:

—No, tampoco hay problema en el motor; su auto está perfectamente —sentencia.

### III

—Papá, ¿por qué regresamos a casa, si el mecánico dijo que el auto no tiene problema?

—No quiero que en el camino se nos muera el auto, hija; falta mucho para llegar a la feria y ¿qué tal si de regreso, en plena noche, el auto nos deja en medio de la nada? Lo mejor es que volvamos.

Para allá se van don Federico y su Marina, ésta, desanimada por no poder ir a la feria después de todo; aquel, impactado y como herido por un rayo por lo que pasó en el taller. Ya van llegando a su casa, envuelta en la naciente noche y el silencio. Ya no se ve a nadie por las calles, pues todo quisque



debió irse a la feria desde hace horas; todo parece muerto en la cuadra de C., excepto por el solitario auto de don Federico, que con sus faros para la niebla descubre el camino empedrado.

—Papá, mira —dice de pronto Marina, que apunta con su dedo trémulo hacia el frondoso almendro de enfrente de su casa. Don Federico mira a donde Marina apunta, y, sin poder contener su espanto, suelta un grito que al instante atrapa con sus manos. Debajo del almendro de su casa, y enfrente de la celosía de la jardinera, ve a una mujer en vestido blanco y zapatillas negras, cuyo rostro cubre una larga cabellera oscura.

Al pronto don Federico distingue a la figura y, todavía asustado, dice en voz alta:

—¿Hija? ¿qué haces aquí afuera? ¿Y por qué estás así vestida? —silencio.

—Hija, ¿por qué estás aquí sola? ¿qué sucede? —pregunta el padre con voz más alta y más asustado aún.

Silencio, ni los grillos cantan, ni el viento sopla, ni el almendro se mueve, y la figura permanece quieta.

—¡Contéstame, Nancy! — finalmente, un leve tono de voz:

—¿Por qué tardaron tanto? Vámonos.

—¿A dónde? —preguntan a un tiempo don Federico y Marina.

—Pues a la feria, ¿a dónde más? —responde Nancy y se sube al auto. Una vez en el asiento trasero, padre e hija mayor la observan con pavor.



—Los estaba esperando... —dice, dibujando una extraña y tétrica sonrisa.

—¿Cómo que nos estabas esperando?

—¿Sabías que íbamos a volver?

—¿Cómo supiste que volveríamos? Otra pausa.

—Bien claro les dije que sí iría a la feria, ¿no?

Y así, de esta manera, don Federico y sus dos hijas, como todos los años, fueron a la feria a “divertirse”. Tiempo después, el pueblo supo este extraño incidente, e intrigado por la mención del taller, buscó durante semanas el sitio al que don Federico llegó cuando sintió que su llanta pinchó; pero jamás se encontró taller alguno por las cercanías, ni se pudo localizar al avezado y senil mecánico. “Todo fue por la Ouija”, dicen los más imaginativos”, “fue la Ouija la causa de todo”.

# Menciones honoríficas

# Perlas y tormentas

Diego Axel Morales Cárdenas

**E**sta historia comienza en un lugar simplemente mágico, un lugar donde la tierra cede y el mar empieza su dominio, locación de arena suave, oscura. Agua y palmeras altas con rebosantes cocos. Así es, los litorales de la costa mexicana son inigualables. Como acompañante, el Océano Pacífico, mar de vida, de historias; pero, sobre todo, lleno de misterios.

Para ser más exactos, nos acercamos a esta pequeña comunidad, una pequeña, pero muy bella, creciente, floreciente como los árboles en las lluvias veraniegas. Esta es llamada Tzalahua, un hermoso asentamiento de artesanos, en su mayoría, personas tranquilas y pacíficas. Convivían diariamente de una manera armoniosa en este paraíso terrenal, dadivoso, ofreciendo lo que necesitaba a la comunidad. Ante esto ellos sabían agradecer y no abusar.

Todo era perfecto para esta comunidad, un sitio maravilloso, tan paradisíaco, donde el sol se esconde en las saladas aguas del horizonte, esas



saladas aguas que alimentan a esta localidad, llenas de algas, corales y peces de colores inimaginables, especies tan exóticas nunca antes vistas. Es tan paradisíaco... un lugar así no podría ser mejor, inclusive para los entes sobrenaturales.

Pero nadie pudo haber previsto lo que estaba por venir, los cambios estaban cerca y con ellos también la historia, el orden, incluso el futuro. Los pacíficos pobladores de Tzalahua tuvieron en un tormentoso día un enfrentamiento con hombres desconocidos, hombres que venían en montañas arrastradas por nubes.

El miedo los invade en un principio, pero logran conseguir el valor, rogaron al cielo por fuerza para defender tal edén tropical, justamente así, logrando salvaguardarlo.

Este evento tan repentino, ensordecedor, tan distante de la pasividad que inclusive se respiraba, dejó desconcertados a todos los pobladores, ¿qué era lo que pasaba?, ¿quiénes eran esos hombres?, ¿qué quieren?

Pero más allá de las montañas que se podían ver desde la playa de la suave arena oscura, se aproximaban poco a poco los sucesos que marcarían la historia para siempre y, junto con ellos, un caballero enviado por Hernán Cortés, el mismísimo “conquistador” que llegó de tierras lejanas, pero también desconocidas; temido, así como también respetado.

Tal gentil, de nombre Gonzalo de Sandoval, fue mandado con un claro propósito, acompañado



de una flota, inclusive con hombres a caballo. Se dirigían rumbo a estas tierras fértiles y calurosas con la misión de identificar el terreno, abrir rutas comerciales e iniciar el proceso de colonización.

Sandoval, un hombre de confianza para Cortés, estaba decidido a efectuar todos los propósitos por los cuales tenía esta jornada, a marcha constante, junto con su compañía no perdió tiempo en poder llegar al destino. Los pobladores de Tzalahua no esperaban esta llegada, despreocupados y tranquilos, un día por la mañana tuvieron el primer contacto.

La sorpresa fue para ambos grupos, no esperaban encontrarse, fue la colisión de dos mundos, el conocer de un entorno en descubrimiento. Los habitantes temían, claro que recordaban aquella tormentosa noche en la que fueron partícipes, la noche en que se trató de invadir tal paraíso.

Y estaba justificado su miedo, los hombres que vieron arribar desde las lejanas montañas eran iguales a los antiguos infractores, armaduras de un color gris como la ceniza del fogón, pieles claras, bestias extrañas, de cuatro patas, con un lomo fuerte para poder cargar a uno de ellos.

Llegaron imponentes, al amanecer, el primer contacto estuvo lleno de tensión, pero afortunadamente Sandoval y sus hombres tenían una estrategia distinta a sus antecesores, presentándose ante el poblado se escuchaba el cabalgar de los corceles, además del ruido de las armaduras. Todo Tzalahua estaba atemorizado, pero más que nada



impactado por el inusual aspecto de estos forasteros. Fue en esa noche de tormenta.

Sandoval recorrió toda la zona junto con diversos encargados de este poblado. Pasear por tales tierras tropicales era espectacular, los maravillosos paisajes y la abundancia de la tierra era algo que se notaba mucho. Las aguas tranquilas en un vasto mar, incluyendo diferentes puntos en los que se podrían anclar, cargar y descargar los navíos, eran esencialmente únicos. Sandoval veía un puerto en estas tierras, uno con muchas riquezas.

La sorpresa era grande, la cantidad de fauna encontrada era amplia, animales desconocidos e interesantes que estaban esparcidos por toda la zona; iguanas, aves con plumajes resplandecientes, bancos de peces que parecían haber salido de un arcoíris, un lugar tan dócil, tan perfecto.

Justamente, respetarla era esencial para sobrevivir, no puedes abusar del paraíso. Mantener el equilibrio en la balanza se consolida como un acto imprescindible para poder conservar el estilo de vida que se tiene en el poblado, ser uno mismo con la naturaleza, uno mismo con el mar, con ese paraíso, con la vida de paz que se mantiene.

Algo que llamó por completo la atención de los visitantes era la abundancia de perlas que se tenía en ese punto, perlas tan brillantes como la luz del sol a media tarde, en vastedad, como si fueran rocas del mar, blancas como las nubes de un amplio cielo despejado luego de la lluvia, y preciosas como si pudieras ingerir una.



Las perlas eran abundantes y eso estaba totalmente claro; pero ¿a dónde iban tales tesoros de blancura celestial? Con este precioso recurso se elaboran toda clase de collares, así como artesanías que se pagaban como tributo a un poblado superior, el pueblo de los aztecas. Esta mercancía se enviaba cada cierto tiempo, a lo que se calculó que eran aproximadamente noventa días.

Sandoval, sorprendido por tales revelaciones, divisaba la abundancia que provenía de este lugar, definitivamente encontró un tesoro natural, quería saber más, cómo es que se conseguía tal cantidad de perlas, lo suficiente para llenar canastos completos, para poder pagar tributos de semejante volumen con un material tan precioso, tan brillante.

Los nativos eran conscientes del tesoro en el que estaban viviendo, tales aguas repletas de bancos de perlas eran un precioso regalo de la naturaleza, pero... ¿cómo es que se pueden conseguir tales cantidades absurdas de perlas? La respuesta va más allá de lo natural, más allá de lo que se puede considerar ordinario.

Los enviados por Cortés se preguntaban justo eso, el origen de tal riqueza era algo peculiar; sin hacerse esperar interrogaron a los nativos, los cuales no quisieron comentar nada, algo ocultaban. Las sospechas de los conquistadores eran grandes, pero ni una palabra fue dicha. Luego de unos días, fue el momento cuando se obligó a los nativos a revelar la fuente de esas maravillosas perlas. ¿Qué clase de laguna, río o aguas podrán ofrecer ese



recurso en semejante abundancia? Al principio los pobladores estaban en negación, pero, al no poder hacer nada, revelaron a Sandoval justo lo que deseaba saber.

Más allá de la comunidad de Tzalahua, cerca de las bahías de ese gran lugar llamado Cozcatlán, se erguían dos grandes cerros, uno conectando a la tierra y el otro dando la cara al mar. Luego de rodear en una pequeña barca arribaron a una caverna, esta era una cueva marina oculta por lo grande de la montaña y, como estaba en cara al mar, sólo se podía llegar por agua.

Sandoval estaba maravillado por tal sitio de dimensiones exorbitantes, una cueva que conecta directamente con mar abierto, aguas tranquilas y la delicada luz del sol que iluminaba el centro de esta, y a su habitante: un monstruo marino de tamaño irreal, con una cola escamosa como la de un pez, la mitad superior con forma de berrendo, pero sin cuernos, con branquias, además de tener una aleta de un brillo coralino en el lomo. Los nativos explicaron que este ser les regalaba las perlas, salían por sus gigantes branquias cada cierto tiempo.

El impacto no se hizo esperar, Sandoval tenía grandes planes para esta criatura tan extraña, era su nueva fortuna, tenía que ser llevada ante Cortés. Para ese mismo día, al caer la noche, toda la tropa estaba enterada de tal bestia y listos para apropiársela. Sin más espera, llegaron por mar a la caverna, todos atónitos por semejante animal, que



justo mientras dormía liberaba pequeñas perlas.

Pero la ambición fue mayor, la codicia dio frutos y empezó la cacería, sogas por un lado, cuchillos, redes, cuarenta hombres tratando de cazar a tal ser místico; sin esperar, las aguas comenzaron a agitarse, la marea a subir y una gran tormenta comenzó. Luchando por su libertad, el ser atacaba con su cola, se removía mientras lograba tirar a algunos de los cazadores a las turbulentas aguas.

Justamente, Sandoval logró herir a la bestia, pero fue un gran error; en ese momento cayó un gran estruendo sobre la montaña, el ser místico se sumergió bajo las aguas e inmediatamente después la caverna comenzó a desmoronarse; los sobrevivientes huyeron a los botes encontrándose con una horrible tormenta y un mar embravecido.

A la mañana siguiente, de milagro, Sandoval y sus hombres encallaron en la playa, ésta había sido arrasada por tal tempestad. La comunidad se había percatado de los hechos, pero fue muy tarde, el regalo místico que se les había dado estaba perdido, la avaricia y el hambre de poder provocaron tales agravios.

Sandoval decidió nunca hablar de la mística criatura, así que no fue registrado en ninguna carta; sin embargo, las aguas de Cozcatlán y Tzalahua perdieron un don que era más que increíble, era mágico.

# El secreto tras tu mirada

Jaqueline Monserrat Coronado Ávalos

**A**lejada del resto del mundo, se encuentra una ciudad rodeada por un bosque de follaje verde y frondoso todo el año, en donde la convivencia entre humanos y licántropos fue posible desde comienzos del siglo XXI. Ambas partes se tuvieron que adaptar para poder relacionarse y vivir en paz. Pero no todos pueden tener un final feliz, ¿o sí?

Es bien sabido que los licántropos presentan esta condición desde que nacen, y pasan por las mismas etapas de crecimiento que los humanos, pero su intensidad por saciar el hambre va aumentando conforme crecen. Mientras que en su niñez pueden conformarse con animales pequeños, en su adolescencia necesitan presas más grandes y, cuando por fin se hacen adultos, la presa debe ser del tamaño de un oso o, en su defecto, del tamaño de un hombre. Entretanto, su cuerpo se ve como el de una persona normal, pero cuando prueban la sangre humana por primera vez, su rostro va cambiando, hasta que ya no reconocen lo que está mal, de tal modo que se ven como un verdadero monstruo.



Los hombres lobo tuvieron que aprender a alimentarse de animales, en tanto que los humanos tuvieron que adaptarse a la manera de alimentarse y comportarse de los licántropos. Pero, sobre todo, ambos tuvieron que aprender que, en cada noche de luna llena, se tenían que separar para evitar una masacre.

Sin embargo, no todos estuvieron de acuerdo. Si bien, algunos se unieron y se trasladaron al centro de la ciudad. Aquellos que estuvieron en contra se mudaron a las afueras, constituyéndose como un pequeño pueblo; aunque ésta no fue la mejor decisión, ya que muy cerca de ellos se encontraba la entrada al bosque, donde se esconden los hombres lobo que siguen con sus viejas costumbres, deseosos de sangre humana.

Cerca del bosque vive Anica, una chica de 19 años que siempre tuvo curiosidad por conocer a un hombre lobo; a pesar de los intentos de su familia por inculcarle el odio hacia estos seres, ella pensaba que sus padres vivían en un error, que no podría haber criatura tan cruel como para temerle tanto e incluso odiarlo.

Ella tenía dos amigos, Ana y Miguel, con los que compartía la misma pasión; era tanto su deseo por ver a un licántropo que los tres amigos llevaban días planeando cómo podrían lograrlo. Y, dado que el bosque estaba más cerca de su casa que el centro de la ciudad, prefirieron adentrarse en el bosque para cumplir uno de sus muchos sueños. Había llegado el día, tenía miedo y curiosidad por conocer a



esos seres tan poderosos, misteriosos y a la vez tan peligrosos. Pero también trataba de buscar respuestas. ¿Por qué sus padres y los del pueblo odiaban y temían al mismo tiempo a los hombres lobo? ¿si son tan peligrosos, por qué en el centro de la ciudad vivían en armonía con los humanos?

No obstante, la razón que más le inquietaba era saber ¿por qué desde hacía días había tenido el mismo sueño? ¿por qué veía a una mujer que la conducía directamente a lo profundo del bosque? y ¿por qué le resultaba tan familiar esa mujer, como si estuviese viendo su reflejo?

Mientras caminaba, un viento frío le recorrió todo el cuerpo, le dio escalofríos, pero no sabía si su sueño tendría algo que ver o, aún peor, no sabía si aquello significaba muerte. Cuanto más se adentraba en el bosque, más latía su corazón, era un lugar oscuro a pesar de ser de día, y se podían escuchar ruidos alrededor, tantos que no se distinguía si era el viento o un animal, pero sin duda se podía sentir que algo o alguien observaba desde algún punto.

Seguían caminando sin encontrar nada, tan solo la vegetación que parecía encerrarlos y alejarlos cada vez más del pueblo. Ana comenzó a sentir claustrofobia, por lo que se detuvo.

—Ya no quiero continuar.

—¿De qué hablas Ana? —le replicó Miguel. — No hemos encontrado nada, y se supone que venimos aquí a ver un hombre lobo.

—Sé a lo que venimos, pero ya no quiero estar



aquí. Presiento que algo malo va a pasar.

—Ana, sé que esto es tenebroso, pero todos quisimos venir a pesar de todo —añadió Anica.

— Por lo menos hay que caminar un poco más, y si no encontramos nada te prometo que nos vamos, ¿de acuerdo?

Ana asintió y, a pesar de no sentirse segura, siguió caminando.

Los presentimientos no siempre son erróneos. En lo más profundo del bosque se encontraba Damián, un hombre lobo de 37 años, solitario, atroz y con una tristeza que lo condena en lo más profundo de su ser; a la espera de una buena presa que logre saciar su hambre y sed, y que le recuerde el monstruo en el que se convirtió desde aquel día.

Los paseantes escucharon un ruido diferente, como si algo se acercara. Estaban decididos a dar marcha atrás cuando vieron una sombra que se hacía más nítida, parecía ser un hombre acercándose hacia ellos, con una apariencia extraña. Corrieron, pero el hombre era tan rápido que atrapó a la persona que tenía más cerca: Anica.

Dispuesto a atacar a la intrusa, él la tomó del cuello, colocándola contra un árbol. La miró cuidadosamente a los ojos, y en ese instante le pareció reconocer la mirada, un recuerdo que le traía pesadillas.

Se vio aturdido y le soltó el cuello, haciendo que cayera al piso. Se alejó y vio cómo ella hacía lo mismo.

Mientras tanto, Anica tan sólo podía ver a la fi-



gura que tenía al frente con terror, trató de pensar cómo aquella criatura con cuerpo de hombre podría tener ese rostro. A pesar de la mirada azabache, los colmillos afilados y del vello que le cubría gran parte de la cara, pensó que se trataba de un alma cargando con una pena muy grande. Creyó que era el fin, cuando de pronto cayó al piso sin daño alguno, vio que él se alejaba, y entonces aprovechó ese momento para correr lo más rápido que pudo. Se dio cuenta que no la perseguía, sintió alivio y siguió su camino.

Los días siguientes, cada uno pensó en el otro. Ella se levantaba preguntándose quién era aquel hombre y por qué la dejó con vida. Él se preguntaba quién era ella y por qué era tan parecida a Lena, el amor más grande de su vida, que con su piel blanca como el marfil, su cabellera castaña, su rostro redondo, mirada de color verde miel y sus labios carnosos logró enamorarlo. Recordó lo feliz que era con ella y la agonía que lo acompañó desde aquella noche de luna llena, cuando la atacó brutalmente hasta matarla.

Anica se adentró nuevamente al bosque, ansiosa por encontrarse con aquel hombre, intrigada por el sueño que la conducía hacia él. Divisó una sombra saliendo de entre los árboles, y se le dibujó una sonrisa en el rostro pensando que era él, pero su semblante cambió completamente al darse cuenta de que eran tres individuos, tres hombres lobo, con intención de atacarla. La acorralaron, para evitar que saliera huyendo. De pron-



to, uno de los licántropos se abalanzó hacia ella, clavándole los colmillos en el tobillo, así la contendrían. Anica lanzó un lamento, inclinándose para sentir la herida.

Trató de levantarse cuando vio que otro de sus atacantes se dirigía hacia ella, pero al ver lo cerca que estaba, su instinto la condujo a cerrar los ojos. Escuchó el sonido de algo estrellándose contra el suelo. Abrió los ojos y lo vio, de pie ante ella. Era Damián, que combatía contra los demás para, evidentemente, protegerla.

Damián creyó haber acabado con los atacantes; había matado a uno y lanzado a otro (que huyó adolorido), pero no se percató del último que, escondido entre las sombras, lo atacó por detrás, causándole una herida profunda en el cuello. En un último intento por defenderse, sujetó al oponente y lo lanzó contra una roca, dejándolo inconsciente. Luego se giró hacia la chica lanzándole una sonrisa, ella hizo lo mismo, pero el gesto de ambos cambió cuando él se desplomó en el piso frío y húmedo.

Se acercó a su lado, tratando de parar la sangre que brotaba de la herida. Con una de sus manos, él sujetó con firmeza las de ella, mientras que con la otra acarició su rostro y la miró fijamente.

—Eres igual de hermosa que cuando te perdí la primera vez —le dijo con una voz muy débil. —Espero que algún día me perdones por lo que te hice.

Anica no lograba comprender del todo el sig-



nificado de aquellas palabras, pero estaba destruida por ver cómo se apagaba la vida de aquel ser.

—Yo ya te perdoné —le contestó, brotándole una lágrima de los ojos. Se acercó lentamente hacia él, le dio un beso y se separó nuevamente para mirarlo.

Él le sonrió.

—Te amo, Lena — fueron las últimas palabras que pronunció.

Al darse cuenta de que había muerto, Anica sollozó, decidida a quedarse junto al hombre que nunca pudo llegar a amar. Y lo hubiera hecho, de no ser por una voz femenina que le gritaba: “huye, sal de ahí antes de que despierte”, sabía que la voz se refería al hombre lobo que permanecía inconsciente a unos metros de ella y que en cualquier minuto podría despertar. Así que se levantó con gran pesar y se dirigió hacia el pueblo.

Al anoecer, Anica al fin estaba a salvo en su casa, curando sus heridas. Estaba sentada en su cama mirando por la ventana, pensando en lo que había sucedido. Entonces, vio a la mujer de sus sueños sonriéndole y, segundos después, apareció Damián junto a ella. Se tomaron de la mano, le sonrieron y asintieron con un gesto a modo de agradecimiento. Anica los miró y comprendió quién era la chica. Les devolvió la sonrisa y desaparecieron.

# La aventura de Ashura y Felipe o Felipe y Ashura

Salma Valeria Bautista Verduzco

Su madre le había regalado un elefante en su cumpleaños. Era apenas una cría y ya estaba más grande que el niño. El niño, Felipe, tenía seis años recién cumplidos, pero toda su vida había querido un elefante. Aunque toda la vida se redujera al mes pasado, cuando fue por primera vez al zoológico. Lo llamó Ashura y decidió que dormiría en su habitación. Lo guió a ella y le dijo que lo esperara ahí sentado, “porque yo tengo que arreglar el cuarto”. Así, mientras Felipe recogía y hacía espacio, Ashura admiraba lo que sería su nuevo hogar.

El dormitorio era pequeño, el elefantito sabía de tamaños. En la cama apenas cabía Felipe —sabía que ese era el nombre del niño, él se lo había dicho— y su enorme colección de juguetes cubría el piso como una alfombra, según le explicó Felipe. “Y tengo más que me regalaron por mi cumpleaños”, agregó. Ashura vio cómo amontonaba toda su ropa, sus juguetes y otras cosas que no reco-



noció. Lo único que todavía no veía, y que buscaba hambriento, eran los libros.

Su madre le había enseñado a leer y su padre a pintar. Disfrutaba pintar, mucho, pero para Ashura leer era un placer y una necesidad. Le encantaban las historias, las aventuras. Cuando lo separaron de su madre alcanzó a escuchar que le gritaba: “ahora vivirás tu propia aventura”. Por eso, le entusiasmaba un poco este nuevo hogar y conocer a Felipe; era ciertamente una aventura. Pero no era suficiente, necesitaba saber qué harían Dick Sand y Jim Hawkins en su lugar, o cómo tratar a este Felipe que le recordaba tanto a Tom Sawyer. Le emocionaba la aventura, aunque no estaba seguro si este sería su hogar, porque un hogar es donde hay libros, *seun*, donde la palabra encuentra libertad, le dijo una vez su madre.

Felipe miró orgulloso su labor. El suelo estaba desocupado y había tendido su sábana favorita sobre él: un espacio para Ashura. Se giró para ver la reacción del animal, pero ya no lo encontró. Le gritó sin recibir respuesta. Cuando salió a buscarlo, lo encontró olfateando el periódico.

—Guácala, Ashura, ese es el baño de los pájaros de mamá —le dijo.

El elefante volteó a mirarlo extrañado, olfateó nuevamente el periódico y se alejó asqueado. Después de reírse, Felipe le ofreció a su nuevo amigo algo de tomar. Yo quiero un *chocomilk*, ¿y tú?, ¿quieres un café?, ¿agua o jugo?, ¿o un *chocomilk* también?



Ashura le pidió una botella de “bébeme” y, si no abusaba de su ofrecimiento, un pastelillo de “cómeme”, pero tal vez no se explicó bien, porque Felipe le arrimó lo que él llamaba *chocomilk*, leche con chocolate. Ashura le dio un sorbo, porque el niño no dejaba de mirarlo, esperando ver su reacción ante su obra maestra. Si su madre hubiera visto lo que pasó a continuación, lo hubiera castigado por grosero, pero no pudo evitarlo. Le tomó a la bebida, la saboreó y la escupió. El *chocomilk* mezclado con babas y mocos empapó a Felipe y a su vaso. Supuso que tampoco pudo evitar vomitar, pero cuando lo vio, Ashura se asustó tanto que salió corriendo a la calle, lejos de la casa, en busca de su madre.

Felipe era un niño grande, ya tenía seis años, no podía ponerse a llorar. Se armó de valor, se metió a bañar y se puso ropa limpia ¡sin llorar! Pero sí estaba enojado, así que se encerró en su cuarto y le puso seguro. No quería que Ashura entrara. Él no era su amigo, los amigos no hacen eso. Los amigos no desprecian el *chocomilk* de sus amigos, ni les escupen babas y mocos. Sólo de pensarlo quería vomitar nuevamente. No supo en qué momento se había ido Ashura, pero cuando se dio cuenta, se alegró. Qué bueno. Le diría a su mamá que ya no lo quería, que era malo, que no era su amigo y que lo regresara a la tienda donde lo compró.

Muchas horas pasaron, o por lo menos para un niño de seis años, estaba lloviendo y su madre no regresaba. Tampoco Ashura había regresado. Ella



ya no le importaba, “pero es un bebé, Felipe, y tú eres un niño grande, cuídalo”, le había dicho su madre cuando se lo regaló. Si su mamá se enteraba que había perdido a un bebé y lo había dejado en la lluvia, y se había enfermado o peor, no lo dejaría jugar o cuidar a su hermanito que pronto nacería. Tenía que hacer algo. Se puso su abrigo, agarró un poncho, salió de la casa, cerró la puerta porque “no se te olvide cerrar la puerta, Felipe”, y fue en búsqueda del elefante.

Ashura ya no sabía a dónde ir, no sabía dónde estaba su madre o dónde estaba Felipe, ni siquiera dónde estaba él. Cuando empezó la lluvia se refugió bajo unos árboles, pero los otros animales y los humanos lo miraban mal, así que se fue y dejó que sus patas marcaran el camino. Él sí lloró. ¡Extrañaba tanto a su madre! Los libros de aventura no le habían enseñado esa parte, la soledad, la incertidumbre. En los libros había momentos así, sí, pero al final Frodo siempre destruye el anillo y Aragorn es coronado rey. Siempre, sin excepción. Por eso le gustaba releer sus favoritos, porque la historia siempre es la misma, no cambia, uno sabe exactamente qué va a pasar y cuándo. Pero ahora, en ésta, su propia historia, Ashura no sabía, no sabía cuál y cuándo sería su final. No sabía quién era el héroe de su historia, si Aslan vendría a su rescate o estaría solo como Robinson Crusoe.

Felipe lo encontró acurrucado bajo un puente, empapado y llorando. Sin decir palabra, le colocó el poncho encima, lo ayudó a pararse y juntos



emprendieron el viaje de vuelta a casa. Una vez dentro, le sirvió un recipiente con agua de la llave, agua calentita. Su corazón se hinchó de orgullo al ver que sí le gustaba el agua y que no era probable que le escupiera nuevamente. Felipe se quitó la ropa mojada, se puso ropa seca y también cambió la de Ashura. Despacio, se sentó junto al animal. Se pidieron perdón con la mirada, porque muchas veces basta una palabra, una mirada, un gesto para llenar el corazón del que amamos, o eso había escuchado en la escuela. Acto seguido, Felipe se puso a relatarle las aventuras que les esperaban con su nuevo hermanito. Les esperaban a ambos, porque nunca se separarían, jamás.

Quizá todavía no había libros en esa casa, pero Felipe ya era su hogar. Quizás podría introducirle los libros, a él y a su hermanito. Les leería *Platero y yo*, para empezar. La aventura de Ashura apenas comenzaba, pero no tenía que vivirla solo. Podría ser la aventura de Ashura y de Felipe, o la aventura de Felipe y Ashura. Lo decidirían después. Incluso podrían escribir un libro de sus aventuras. Oh, lo contenta que se pondría su madre. Mientras tanto, después de quedarse dormidos, juntos y abrazados, soñaron con las grandes aventuras que les esperaban. Mayores que todas las historias ya contadas.

# Relatos escritos por

## **Brianna Gutiérrez**

Alumna de la Licenciatura de Médico Cirujano y Partero de la Facultad de Medicina.

## **Luis Enrique Vicente Hernández**

Egresado de la licenciatura en Letras Hispanoamericanas de la Facultad de Letras y Comunicación.

## **Mauricio Quintero García**

Egresado de la Licenciatura en Comunicación de la Facultad de Letras y Comunicación.

## **Carlos Olaf Ceja Pastor**

Estudiante de la Licenciatura en Finanzas de la Facultad de Economía.

## **Diego Axel Morales Cárdenas**

Estudiante de la Licenciatura en Publicidad y Relaciones Públicas de la Escuela de Mercadotecnia.

## **Jacqueline Monserrat Coronado Ávalos**

Estudiante de la Licenciatura en Diseño Industrial de la Facultad de Arquitectura y Diseño.

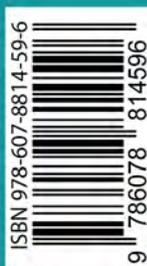
## **Salma Valeria Bautista Verduzco**

Estudiante de la Maestría en Estudios Literarios Mexicanos de la Facultad de Letras y Comunicación.

*De viajes y de mundos*, de varios autores, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, México, <http://www.ucol.mx>. La edición digital se terminó en mayo de 2023. En la composición tipográfica se utilizó la familia Gill Sans MT. Programa Editorial: Eréndira Cortés Ventura. Gestión Administrativa: Inés Sandoval Venegas. Cuidado de la edición: Leticia Bermúdez Aceves. Diseño de portada: Adriana Vázquez Chávez. Diseño de interiores: José Luis Ramírez Moreno.

Quien acepte el viaje literario de este libro, se topará con pueblos campiranos, días de lluvia, espacios costeros de arenas finas y oscuras, cuevas y bosques, pero también con personajes extraños: una mujer mayor que ofrece tesoros y usa un anillo en forma de escarabajo; una pareja de jóvenes que son, a la vez, ancianos; una niña que habla con su madre muerta; una jovencita que se comunica con la Ouija; un monstruo marino en los tiempos de Hernán Cortés; hombres lobo y un bebé elefante de nombre Ashura.

Las y los autores de los textos compilados comparten, pues, su sensibilidad, su capacidad de crear historias, escenarios, a través de relatos que, en un caso, son los primeros que escriben y obtienen premios, y, en otros, son parte de un hábito productivo, cultivado a la sazón de lecturas variadas.



UNIVERSIDAD DE COLIMA